

81-8 A = N 8.

ca 2556
No 471

Exposiciones acerca de
la fiebre intermitente



Las son las bases que sirven de fundamento al arte médico, como se ha dicho en la antigüedad, la teoría y la observación, y de tal manera se corresponden indisolublemente que, siguiendo un camino cierto, sirven de bases para el arte de la medicina.

21 Enero 1881.

S. A.

Sin año



Observaciones acerca de la
fiebre miliar.



Los son las bases que sirven de fundamento al criterio médico, como se ha dicho en la antigüedad, la razón y la observación, y de tal manera se consideran indispensables que, jugando simultáneamente, sirven de únicas vías de exploración en la investigación clínica. El estudio analítico de las manifestaciones morbosas en las circunstancias de edad, temperamento y demás individuales del sujeto, con la apreciación de las causas extrañas mediatas e inmediatas, hecho con la más esmerada exactitud; los datos que el microscopio y la Química pueden suministrar, sin omitir ningún detalle, de nada servirían, si la observación de uno y otro caso, no se tuviera en cuenta, si las analogías se desterrarán, si se

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE



5315402847

b 18 62 4133

i 25764299

borrarse en una palabra la historia que, cuenta en su espacioso arsenal, datos preciosos que sirven como auténticos antecedentes de ilustración para la inducción y de confirmación de los nuevamente adquiridos para la deducción.

Si es cierto que el talento humano puede elevarse a concepciones filosóficas que partiendo de los hechos pudiera formar una síntesis patológica, también lo es que el cálculo fallaría muchas veces tomando demasiado recelo la imaginación. Y por lo tanto no es posible desoir las voces de la experiencia tan elocuentes como la misma razón.

Y heme aquí condenando el egoísmo de la razón individual que, despreciando orgullosamente la comparación, criterio lógico admitido, rechaza las enseñanzas del pasado y vive solo la vida de la actualidad.

Ahora

bien, si en alguna enfermedad se demuestra patentemente la necesidad de la historia, si en algun padecimiento había de verse el Médico sorprendido, es en la fiebre miliar, enfermedad desconocida regularmente en las clínicas y solo descrita en algunos autores con tan grande pequenía. Motivo por el cual y por haber tenido ocasion de observarla algunas veces me he decidido a ocuparme de ella.

Y por cierto que, no solo la ciencia no ha dicho la última palabra respecto a la enfermedad en cuestión, sino que casi puede asegurarse que se encuentra en la infancia del saber, sin resolver una porción de problemas tan interesantes a la curiosidad del filósofo como a la Medicina práctica.

Así es que procediendo metódicamente, se ha principiado por negar su existencia como lo han hecho algunos

Médicos alemanes entre otros el famoso dermatólogo Hebra, que dando por toda razón su falta de observación, no ve en ella más que una de tantas fiebres en cuyo curso y de una manera incidental, se presenta la erupción miliar, como si esta fuera un signo patognomónico de la existencia real de la fiebre y sin tener en cuenta el hecho incontestable de esa enfermedad especial o mejor dicho específica que cuenta entre sus síntomas más ordinarios los sudores y la erupción.

Que no la han visto ¿Y este es argumento suficiente para negarla, cuando otros muchos han tenido ocasión de apreciar lo que no han podido sus impugnadores? Que no la han visto, cuando en determinados países se ofrece con caracteres tan gráficos que sin exteriorizarse la erupción se puede anticipar su diagnóstico? Que no la han visto, cuando

tantos otros han trabajado con entusiasmo por combatirla?

Quede pues, sentada la existencia de la fiebre miliar como enfermedad esencial e independiente, que tiene su autoeratismo, que se revela con caracteres propios y hasta se hace epidémica en ciertas regiones y determinadas circunstancias.

Merece el referido padecimiento considerarse como infectivo? Las condiciones en que suele presentarse, su analogía con (con) otros que también lo son y otras razones que militan en favor de esta idea, inducen a creer que se fragua a expensas de una sustancia específica, la cual modificada la manera de ser del organismo, produce los fenómenos con que se ostenta.

Pero de esto a considerarla como contagiosa, hay una distancia que no puede salvarse sin detrimento del buen sentido, hay que la experiencia no arroja datos,

positivos sobre la materia, y por lo tanto la cuestion está sub-judice como dice Horacio.

Lo que si aparece como un dato importante es la topografía de la miliar, circunscrita a determinadas regiones hasta hoy, cuya aparicion en localidades determinadas y ausencia en otras proporciona a la etiología ancho campo de estudio en relacion con las circunstancias atmosféricas, higrométricas, barométricas y termométricas.

Y aun en una misma localidad, existen épocas en las cuales se presenta con mas ó menos frecuencia por rason de las estaciones, como si necesitara esa planta exótica condiciones de calor ó frio, de sequedad ó humedad para su desenvolvimiento, pagando justo tributo de obediencia á los elementos á los cuales parece subordinarse.

Por

último, parece ser un patrimonio exclusivo casi de la muger en cinta ó parida, como si la naturaleza hubiera querido lanzar sus iras sobre la bella mitad del género humano, precisamente en las condiciones en que es mas digna de respeto, de consideracion, de atencion y de cuidado, por parte de sus conciudadanos, desde el momento en que se deposita ó ha depositado en su seno al filósofo, al poeta, al artista, al menestral, al sacerdote y al hombre de Estado.

Pero ¿que relacion puede haber entre tamaña enfermedad y semejante estado, que conexión en la causalidad que sinérgica que no solo se dá á conocer por las circunstancias de aparicion, sino hasta por sus puntos de eleccion en referencia con el órgano uterino? Sobrado difícil sería y raya en los lindes de lo imposible buscar la incógnita de esta ecuacion;

pero los hechos no admiten discusión acerca de su existencia, y es preciso reconocerlos sino se han de cerrar los ojos á la evidencia.

Si así como todo esto forma un hecho inconcuso, fuera rica la terapéutica llevando la cuestión al terreno mas importante, la ciencia podría gloriarse con un triunfo más alcanzado en los fastos de su historia, podría el saber humano agregar un nuevo florón á la corona de sus antepasados, y yo sería el primero en victorearle batiendo palmas por su nueva adquisición; pero así como la industria, la mecánica, las artes todas arrebatan con facilidad sus arcanos á la naturaleza, facilitan la ejecución de las cosas y ponen de relieve sus operaciones, que las edades pasadas hubieran considerado un mito, esa misma naturaleza tan pródiga para lo demás, se

hace avara en lo que se refiere á la salud, hasta el punto de ser inexorable en ocasiones.

Triste es que la ciencia se haga tan raquítica que combata una intermitente con el sulfato de quinina, sin darse cuenta de la relación entre la causa y el efecto, sin explicarse la naturaleza íntima de la enfermedad y el modo de obrar del remedio, descendiendo al rango del arte, triste es que el empirismo quiera elevarse á la categoría de ciencia, pero es todavía mas que la ciencia enmudezca y no conteste á las indagatorias de sus mas aguerridos campeones, sellando sus labios con el sello de la ignorancia.

De todos modos, tiene su disculpa, desde el momento en que no se trata de una enfermedad dentro del radio de las ordinarias, que no posee el caracter de la universalidad y por lo tanto que pue

da someterse a la abstracción, antes al contrario, tiene un carácter particular, una modalidad genial, un instintivo gráfico, una fisonomía especial, como ha dicho el eminente clínico del Hotel Dieu, el célebre publicista francés. — La especificidad domina el campo de la Patología. —

He indicado las diferentes cuestiones que hay que ventilar, los diversos problemas que hay que resolver pero que necesitan indispensablemente no un talento pigmeo que lejos de penetrar en el fondo de las cosas, no alcanza mas que a ver su superficie, sino un criterio gigante que dotado de una talla intelectual superior pueda observar con minuciosidad y discernir con acierto, y como esto no es dable en mi humilde personalidad, dezo y suplico se cubra mi falta con la benevolencia

Conocida ya de los antiguos, entre ellos Hipócrates Galeno y Avicena que la designaron con el nombre de manchas o papulas miliaris, denominanda indistincte con el nombre de fiebre miliar por el parecido que la erupción tiene con los granos de nujol, de sudor miliar por presentarse ordinariamente con sudores abundantes y de sudor ingles por deber su origen a Inglaterra. Los griegos la llamaban hydroa, papula miliaris los árabes, otros tebris lenticularis, exantema miliaris, milliaris sudatoria, millaris germanica, britanica y suette los franceses.

Que al ocuparme de ella no aludo a la erupción de viruelas que suele presentarse en el curso de enfermedades mas o menos graves, dicho se está, por que en este caso, no puede considerarse de un modo esencial, sino como un incidente so-

brevenido y ocasionado por la enfermedad
primordial, cuya salubridad es preciso poner
de manifiesto, para evitar que la confesion
de las ideas dé lugar á interpretaciones
torcidas y por lo tanto viciosas. Para mí,
la miliar equivale á una fiebre infecti-
osa que se dá á conocer por sudores abun-
dantes y aparicion en la piel de una
erupcion verrucular de pequeño tamaño.

He indicado en el exordio que algu-
nos autores se habían atrevido á negar
su existencia y no es solo á los alema-
nes á quienes hay que culpar de tanta
falta, por que si aquellos procedieron
tan ilógicamente que por carecer de
observaciones propias, la han rehusado,
en cambio Chomel sin mas motivo que
la discordancia que se ve de ver en los
autores antiguos para describirla, con-
cluye por sentar en absoluto la propo-
sicion siguiente "no existe ninguna

4
enfermedad particular que deba llamarse
fiebre miliar". Y es rason suficiente,
es argumento, incontestable la discordan-
cia que se observa en los autores que
describen la enfermedad para negar su
existencia, para fallar de un modo abso-
luto una causa en que existen testigos
presenciales que acreditan con conocimiento
y veracidad los hechos. 2

Fuera bueno que en los casos concretos
y aislados, como en los epidémicos, pu-
diera consultarse á los que niegan la exis-
tencia de la dolencia sobre el diagnóstico
de aquella enfermedad y si la obcecacion
no les arrastraba hasta el punto de
no querer observar lo que cualquiera otro
admitiria á simple vista, tendrían que
someterse á la evidencia.

¿ Como confundir una enfermedad
tan caracterizada, con otras que ni si-
quiera se dan la mano en la manera

de expresarse?

Porque existan otras enfermedades febriles en las cuales aparece esa erupcion no puede haber una enfermedad que ofreciendose con el caracter, constituya por si sola un grupo aislado, una nosología aparte? Seria logico decir que porque el reumatismo al retroceder de las articulaciones, se localice en el endocario, no existe por eso una endocarditis esencial y no debida al reumatismo?

Existan en buen hora enfermedades que como el tífus, la fiebre gástrica &c. presenten en su curso la erupcion, pero esto no obsta para que haya una modalidad infectiva en la cual se ofrezcan con mas frecuencia los sudores y la miliar que en otra alguna, ademas de otros sintomas muy propios.

Para poder discutir la naturaleza y condiciones especiales de ella, veamos

sus antecedentes.

Parece ser segun la opinion de Rayer que la fiebre miliar no se presenta sino entre los 43^{ra} y 54^{ra} de la Latitud boreal.

Que principio primero en Inglaterra en 1486 y causo muchas victimas por espacio de 40 años, de alli paso a Alemania, recorrio Flandes, la Zelandia, el Orabante, la Holanda, la Dinamarca, la Noruega y la Francia desde el año 1525 hasta 1530. En otoño era cuando se hacia mas temible, desaparecia en Invierno y reaparecia en Primavera, atacando al penetrar en una poblacion a quinientas o mas personas dejando libre la centesima parte proximamente. En Guisa hubo una epidemia bastante grave en 1459. La de 1821 la describe con todos sus detalles el mismo Rayer y Gueneau de Mussy y Landeury han dado un notable

trabajo sobre la que se experimentó en el Distrito de Colomiers en 1839. En todas estas epidemias se ha observado constantemente que la enfermedad ataca con preferencia las localidades bajas y húmedas y en la última citada de 1839 se presentó con más intensidad en los pueblos que ocupaban el fondo de un valle estrecho regado por dos pequeños arroyos que durante el Invierno no inundaban todas las vegas inmediatas. La elevación de temperatura o una acumulación de electricidad atmosférica, han precedido algunas veces a la aparición de la enfermedad consignándose el dato de que en 1839 entre 2.804 habitantes de cuatro pueblos afectados hubo 284 enfermos, entre ellos 114 hombres y 143 mujeres, dejándose sentir sobre todo en las clases indigentes.

Hasta aquí la historia, veamos

las consecuencias que se derivan de su enseñanza. En primer lugar que la enfermedad miliar tomada en una acepción restringida, ha tenido una jurisdicción marcada desde su origen quedando circunscrita a Francia, Alemania e Italia, mientras que en los Países Bajos, la Alemania Central y en la del Norte y muy recientemente también en España solo ha dado lugar hasta ahora a algunas epidemias muy aisladas, quedando completamente extraña a los demás países de Europa y a los demás continentes de ambos hemisferios. Que además los pargos húmedos han sido más castigados ni más ni menos que lo que sucede ordinariamente en la producción de las intermitentes, lo cual induce a creer que la enfermedad como efecto, tiene relación a su miarria extraño a la organización como causa, significan-

do el carácter infectivo que manifiesta. Y por último que la mujer ha sido atacada con predilección al hombre, como ha venido sucediendo en todas las epidemias.

Ahora bien, si la experiencia diaria confirma los datos de la historia, no podremos menos de convenir respecto á la patogenia y etiología, es decir en la naturaleza infectiva y las causas que contribuyen á su desarrollo como el país, la habitación, la edad, el sexo, la estación y por último el estado de la mujer.

En efecto, y respecto ^{á esto} último, no podrá explicarse la relación que existe entre la enfermedad y el estado de gestación ó de puerperio, pero es lo cierto que ordinariamente se observa que la miliar se ceba y se desarrolla mejor en estos casos que en otros

y que al dar sus manifestaciones casi siempre en las mamas, á la par que estas guardan su relación con el útero, este lo tiene con la enfermedad ó por lo menos que la embarazada ó la puerpera se ponen en condiciones de receptibilidad que antes no tuvieron según el axioma de "quidquid recipitur, admodum recipientis recipitur."

En punto á la cuestión tan debatida del contagio, no seré yo quien se atreva á resolverla. Por una parte la experimentación, ha tratado de demostrar la negativa una vez que no ha dado resultado la inoculación del líquido contenido en las vesículas, pero este argumento, tendría en mi concepto todo su valor cuando las referidas pustulas contuvieran en sí todo el germen de la infección y por lo tanto que solo por este medio pudiera transmitirse, pero no

existiendo este dato, como de hecho no existe, desde el momento en que se dan casos de fiebre miliar sin aparecer la erupcion, a la manera que sucede en otras enfermedades infectivas como el sarampion, la viruela &c.^a, no puede quedar deslindado el terreno de un modo absoluto.

Por otra parte, la analogia que existe entre esta y otras enfermedades infectivas contagiosas que por razon de su aproximacion parece que indica la idea del contagio, se contraindica por las diferencias que entre ellas existen, echándose de ver, que asi como en estas hay un curso regular con fenomenos especiales y constantes y periodos fijos, en aquella no se observan.

Esuestas estas ideas generales, conviene tener en cuenta que la miliar se ha dividido en crystalina,

6
alba, negra, rubicunda, purpurina, incolora &c.^a, segun el aspecto que ofrece a la vista, pero todas estas formas tan variables en la aparicion, suelen manifestarse durante el curso de la misma erupcion, y aun cuando algunos autores han tomado pie de tales modificaciones para sentar su pronostico como el Dr Mead; yo nunca he creido que el juicio pronostico que por lo mismo se refiere al porvenir, ha de hacerse tanto mas severo y concienzudo, pueda ilustrarse con un solo dato, y que debe formarse del estudio sintetico de cuantas circunstancias rodean al enfermo.

La division, esencialmente practica, es la de Alibert que la distingue en benigna o maligna, simple o complicada.

En la benigna o simple, sue

Se anuncianse la enfermedad con laxi-
tudes, cefalalgia, hiperorbitaria y ce-
norecia, bastantes veces con una sensa-
cion de ardor general que precede al
sudor y otras los sudores que vienen
repentinamente a la par que el pulso
se hace algo frecuente y la respiracion
un poco dificil. En esta situacion con-
tinúa el enfermo hasta el 3^o o 4^o dia
en que aparece una erupcion miliar que
se presenta en los lados del cuello, en la
nuca, hacia las orejas, debajo de los pe-
chos en las mugeres, y despues en la
espalda, parte interna de los brazos,
parte inferior del abdomen y cara in-
terna de las piernas y muslos. Puede
ser discreta o confluyente, y las vesi-
culas del volumen de un grano de
ruijo, mas distintas cuando se esti-
ra la piel y mirándolas oblicuamen-
te y sensibles al tacto. La naturale-

za del liquido contenido que no es
otra cosa que un producto inflama-
torio, ha inducido a alguno a creer que
se trataba de una eccema, porque efec-
tivamente las vesiculas no son una ele-
vacion del epidermis causada por gotas
de sudor, pero existen otras diferen-
cias mas esenciales. Se presenta por
brotes sucesivos y de una vez, durante
dos o tres dias y termina por descar-
narse en polvo. Los sudores mas cons-
tantes y siempre abundantes son de
un olor fétido que se ha comparado
con raron a la paja podrida. El ca-
lor no es excesivo, pues medido al termó-
metro, apenas excede de 36^o.

Así continúa el enfermo hasta los
diez o doce dias en que empieza la des-
carnacion, hundiéndose las vesiculas
arrugándose la piel y cesando los sinto-
mas, cuya cesacion se indica por un

estado de tranquilidad en el enfermo hasta el punto de conciliar el sueño.

Y ya que del sueño hablo, podría citar un caso en una Señorita en quien fue imposible conciliarlo en diez ó doce días ni con todos los narcóticos imaginables.

Al paso que en muchas epidemias, esta marcha benigna marca el compás para todos los casos, hay algunas en que sin nuevas complicaciones, sucumbe el paciente de una manera súbita é inopinada en medio de una disnea que tanto poco tiempo cuesta de producirse como de concluir, como pudiera citar otro caso de mi pobre práctica, en que la enferma murió precisamente el día en que yo empezaba á celebrar su convalecencia. Res-

pecto á la forma maligna ó complicada, es producida por varios accidentes: unas veces en la inflamacion reflejada sobre el aparato digestivo, otras sobre el pulmon ú otras tomando el caracter adinámico con delirio, convulsiones &c.^a en cuyo último caso acusa el enfermo en el epigastrio una contraccion violenta, espasmo que se extiende á los órganos de la respiracion y produce la mas incómoda ansiedad; suspiria profundo y frecuentemente, sofoca y siente batidos en la region del estomago que le hace presentir su triste y próximo fin. Es tan lastimero el ay de este enfermo, es tan elocuente su frase, que bien puede prevenirse el Médico en tales circunstancias.

Algunas veces se paralizan al gun tanto estos fenomenos, y están como enmudecidos pero su iniciacion en otras, es el principio del fin, se hace

mas tetrica la situacion, se produce un
colapso pulmonal, con estertor crepitante
o ruido de fuelle, la respiracion se va ha-
ciendo dificil y corta estableciéndose una
agonia lenta.

Jamas he visto enfermos con la mi-
liar maligna que no hayan presentado
una palidez mortal desde el principio,
una blanqueza en toda la superficie de
la piel y una fisionomia tan particular
vultuosa con exageradamente abiertas
las ventanas de la nariz, tanto que ca-
si me atreveria a decir que tales enfer-
mos tienen un aire especial, dato que
me extraña no haber visto consignado
en ningun autor.

Ahora bien tengo una complacen-
cia en consignar con algun observa-
dor que si se considera el sudor como
un signo patognomónico hay que
incluir otro que expresa tanto como

él y me refiero a la ansiedad epigastri-
ca, angustia del estómago, es decir reve-
lacion del trisplanico, expresion gráfica
del gran simpático, primera palabra
llamaria yo de la vida muerta, por estar
proxima la ultima de la vida lo cuen-
to. No extraño, pues, que Barin obser-
vando los mismos fenomenos en la epi-
demia de 1832, haya llamado a esta en-
fermedad colera cutaneo cuyo titulo
vale un libro. Yo me asocio de todas ve-
ras a esa denominacion y arrojaria la
pluma de la mano, por que se ha di-
cho cuanto se puede decir, porque no se
dirá nunca mejor de lo que se ha di-
cho. Que tira el pintor sus pinceles, el
novelista sus imagines, el actor sus ade-
manes y el fotografo su camara, para
dar paso a la elocuencia Médica que
raya mas alto que todas las produccio-
nes del saber humano. Por

uso desdeno y condeno en estos momen-
tos á algunos Médicos que cubriéndose con
el manto al parecer honesto de la reser-
va y como si la medicina careciese de
un lenguaje tan expresivo como elocuen-
te para traducir las intuiciones de que
dicen estar poseidos, establecen un diag-
nóstico y pronóstico sin mas fundamento
que su propia autoridad y la experien-
cia de otros casos que dicen haber visto,
tratando de someter á sus compañeros
á esa misma reserva y olvidando que
la inconsciente fórmula de "magister
dixit" pertenece exclusivamente á la
historia.

Puede que sea efecto de mis pocos
años pero acostumbro á callarme an-
tes de establecer fallos de tal trascen-
dencia, si no tengo razones en que
fundar mi aserto.

Que dice la Anatomía Patológica

á todo esto? que los cadáveres entran
en putrefaccion con rapidez y con la
misma rapidez progresa la descompo-
sicion. La sangre no tiene coagulos fi-
brinosos está muy ligera y oscura de co-
lor. Que los meninges y los senos de la
dura madre estan tanuchidos de sangre
y á veces hay algo de aumento de que-
so en la cantidad contenida en los ven-
triculos. Que la mucosa aerea está in-
yectada y existen á veces procesos neu-
mónicos. El bazo abultado y el hígado
lleno de sangre.

¿Que significan todos estos datos con
relacion á la enfermedad? Guardan ó no
conexion los necroscopios con las enfer-
medades exantemáticas adquiridas?

¿Y como explicar ahora la aprecia-
cion fisiológica de los fenómenos mor-
bosos?

¿Como explicar ese género parti-

cular de ansiedad de opresión precor-
dial?

Depende de un espesamiento de
la sangre por la excesiva pérdida de
sudor y del consiguiente entorpecimiento
en la circulación por los capilares. ¿O
es debido á la producción excesiva de
caloreo que determinando una cantidad
exagerada de ácido carbonico no puede
ser completamente eliminado?

Difícil es tomar un camino directo
en esta disyuntiva. Comprendo que no
soy llamado á dar dictámen en una
cuestion tan ardua, pero sin pretensio-
nes, que no las puedo tener, me veo obli-
gado á emitir mi humilde parecer

Se ha observado que la fiebre mi-
liar se produce en épocas determina-
das y sobre todo en la estacion del
otoño en que no solo las lluvias y
las humedades se suceden con fre-

cuencia, sino que tienen lugar esos cam-
bios tan bruscos de temperatura en
que tal vez tras un dia estival viene
otro airado de Invierno. Esto por una
parte y la poca prevision de seguir el
tiempo con las precauciones que exige
en su variabilidad, hacen que como
consecuencia se alteren con frecuencia
las funciones exhalatorias dando por
resultado enfermedades miasmáticas

Bajo esta idea, que extraño es que ma-
dificándose las secreciones y exhalaciones,
suspendiéndose, digámoslo así, la elimina-
cion de tales productos por las emunto-
rias que la organizacion ha destinado,
se produzca sin necesidad de espesarse
la sangre, un recargo exuberante de
ácido carbonico y por lo tanto una in-
toxicacion lenta en la misma plasticidad
de ese elemento que en union de la
inervacion constituye sintéticamente

la organización, de la carne líquida según la expresión brillante de Bourdieu?

Los resultados de la lora anatómica con la diferencia de la sangre, no prueban esto mismo? Como he de suponer la inspirtus de la sangre como causa cuando los resultados son contradictorios?

Como he de suponer que el calor exagerado determina la producción del ácido carbónico, cuando no hay tal exageración en el calorico medido al termómetro como he tenido ocasión de hacerlo más de una vez?

En mi concepto pues, la producción del ácido carbónico que en lugar de quedar libre, no se elimina, es debido á romperse el equilibrio de las funciones exhalantes, y esos sudores con que se fotografía la enfermedad

el movimiento de reacción de la naturaleza para desenvolverse en su automatismo, triunfando unas veces, siendo vencida otras.

En corroboración de lo expuesto, podría presentar algunos datos clínicos, pero baste con consignar que todos ellos han reconocido como elemento patogénico un enfriamiento que fue el fenómeno inicial, el que abrió la escena á todo el cortejo patológico.

La especie que he vertido, sin embargo de no tener otro patrimonio que mi exigua inteligencia, la considero más en consonancia con el estudio crítico de la cuestión en sus diferentes fases, y por eso la acojo aunque sea en reserva y sin pretensiones de no rectificar.

¿Que medios posee la ciencia profilácticos y curativos? Dadas las cau-

sas que influyen en su desarrollo, por
demás está decir, que el sustraerse á su
acción constituiría todo el método preven-
tivo que pudiera establecerse, que el res-
guardarse de las influencias atmospé-
ricas, ocupar habitaciones higiénicas,
y privar sobre todo á las puerperas de
aquellas bebidas que por su baja tempe-
ratura pueden ocasionar la dolencia,
serán todas las precauciones que el Mé-
dico consultado deberá aconsejar. Pres-
cribir un mediano abrigo, una vez
declarada la enfermedad, lo mismo que
se hace con las analógicas y renovación
del aire en que respire el enfermo.

Por lo demás, como está probado
que la alimentación no excedida no
aumenta la fiebre, considero de oportu-
nidad dar ligeros caldos para ayudar
las fuerzas del enfermo y la limonada
cremosa que no solo obrará como

ácido jino como laxante

No hay para que decir que las
emisiones sanguíneas están prohibidas
enteramente dada la naturaleza de la
enfermedad; por que se comprende que
lejos de favorecer había de ser un per-
juicio directo que acelerase la carboniza-
ción.

En España ha sido desconocida
la fiebre miliar hasta el año 1820 en
que vino epidémicamente en las pro-
vincias del Norte, presentándose un nú-
mero considerable de casos en las puer-
peras y ocasionando bastantes víctimas.
De entonces á acá si bien no ha sobre-
venido ninguna epidemia, de la estación
del Otoño nunca faltan ataques de
los cuales he tenido ocasion de visitar
bastantes que me han servido de clínica
por lo mismo que la desconocía en la
práctica. De

mis observaciones, sino atinadas por lo menos guiadas por un espíritu esencialmente analítico, he podido concluir — 1.º — Que la referida enfermedad obedece á una causa infectiva. — 2.º — Que tiene un predominio de acción sobre el estado prosperal. — 3.º — Que guarda una relación estrecha con las condiciones telúricas. — 4.º — Que el tratamiento es exclusivamente higiénico y — 5.º — Que el pronóstico debe hacerse con tal reserva que nunca debe aventurarse sin datos positivos y seguros y esto no por un exceso de precaución que pudiera tildarse de ridículo, sino por la inseguridad en el conocimiento de las cosas.

Estos son los datos que la crítica filosófica recta y concienzuda recoge esparcidos en el campo de la discusión para asociarlos como flores

10
de agradable aspecto y suave aroma al hermoso ramillete que la Medicina forma en el jardín de las ciencias o como resultados que la civilización y el progreso Médico obtienen en su incansable afán por la doliente humanidad.

A pesar de todo, no han faltado charlatanes e intrusos que tratando de sobreponerse á la ciencia, han apelado al papel de milagrosos y pretendido ridiculamente con sus panaceas dominar la situación en lugar de considerarse como condenados y rebeldes ante el Supremo Tribunal de la justicia y del decoro; pero ya que el vulgo acoge con beneplácito sus ofertas, ya que la sociedad está menguada que escucha la desautorizada voz de la especuladora ignorancia, la Medicina no podrá nunca revestida del ca-

racter de su propia dignidad mas
que contestar con un solemne desprecio
á su altanera hipocresía.

He visto

Canisio Fran.^{co} Montañó

